



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Julio - Agosto 2025

Índice n° 4/2025

2	El ABC del cristiano	<i>W.J. Hocking</i>
7	Israel y la Iglesia	<i>F.B. Hole</i>
13	El día del Señor	
16	El lugar de la Iglesia	<i>C.H. Mackintosh</i>
16	Bien guardado	<i>G. Setzer</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 10 del n° 3/2025)

Caída y restauración

Si alguno hubiere pecado...

(1 Juan 1:6 a 2:2)

Todos hemos tenido una brújula en nuestras manos. Bajo la influencia de una fuerza invisible, la punta de la aguja señala constantemente al norte. Giremos la brújula como queramos, la aguja se mantendrá en la misma dirección mientras no la acerquemos a un imán. Si lo hacemos, la aguja cambia gradualmente su orientación y se desvía hacia el imán. De ese modo, puede alejarse bastante del eje norte-sur y acabar apuntando al este o al oeste.

Si los corazones de los hijos de Dios se encuentran en buen estado, todos se dirigen a **una meta**, al Señor Jesús en la gloria. Él es el objeto maravilloso que nos ocupa; por el poder invisible del Espíritu de Dios nuestros ojos y afectos se dirigen hacia él (Oseas 11:4; Juan 6:44; 12:32; Cantares 1:4). Ya sea que pasemos por la alegría o el dolor, por la tranquilidad o la tormenta, por la pobreza o la riqueza, por el honor o la deshonra, el Señor siempre nos **atrae** en pos de

él para que no nos alejemos de su presencia.

Los imanes

Pero hay alguien a quien esto no le agrada. Es Satanás. Se nos acerca con pequeños o grandes imanes —distracciones «inofensivas» o tentaciones peligrosas— y caemos en el pecado. Si hubiéramos velado y orado, esto no habría ocurrido. Por desgracia, olvidamos que estamos en la tierra de un enemigo poderoso, astuto y malvado, que nos acecha para sorprendernos y atraparnos en el momento en que no estemos atentos.

Si alguno hubiere pecado...

Esta afirmación —fijémonos bien— está tomada de la primera epístola de Juan (2:1), y **se dirige a los hijos de Dios**.

Satanás tuerce la Palabra de Dios y nos susurra al oído: «Si alguno hubiere pecado, no es hijo de Dios. Si usted peca ahora, es la prueba de que todo era una ilusión. Si realmente fuera un hijo de Dios, normalmente estaría libre de pecado. Todo esfuerzo es en vano; ¡es igual que los demás!»

Pero la Palabra de Dios dice otra cosa: “Si decimos que no tenemos pecado¹, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1:8). Y porque esto es así, y

¹ El pecado original, la raíz del pecado, la «carne».

porque a menudo nos dejamos distraer de nuestro objeto, el Señor, debemos reconocer, mirando hacia atrás en nuestra vida, que “todos ofendemos muchas veces” (Santiago 3:2). Esto es una advertencia y no pretende hacernos indiferentes al pecado. Para el creyente, el pecado es realmente algo horrible y anormal que no debe cometer. Porque Dios puede guardarnos “sin caída” (Judas 24). Y si hacemos lo que se describe en 2 Pedro 1, no tropezaremos jamás (v. 10, V.M.).

...abogado tenemos para con el Padre

Esta es la forma en que Dios continúa el versículo citado anteriormente. Él hizo posible que el pecador fuera plenamente restaurado. Nuestro abogado para con el Padre toma incluso la delantera: “Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32), dice el Señor a Pedro antes de que este lo niegue.

Cuando un hijo de Dios ha pecado, no necesita esconderse como Adán, ni huir del rostro de Dios como Caín. Cuanto antes vuelva a Dios, mejor. Porque el mal no se puede curar en ningún otro sitio.

En el cielo, el Señor Jesús ya está actuando a favor del que ha fallado, incluso antes de que este sea consciente de su pecado. No se nos dice: «Si **se arrepiente**, tiene

un abogado», sino: “Si alguno **hubiere pecado**, abogado **tenemos** para con el Padre”. La intercesión de Cristo precede al retorno del alma perdida a Dios. Le ayuda. La justicia de Cristo ante Dios y el valor de su expiación por nuestros pecados no se ven disminuidos por nuestros fallos. Y es sobre la base de estas dos cosas que la gracia puede actuar.

Entonces debe producirse un trabajo en el corazón y en la conciencia del que ha fallado, un proceso que durará más o menos tiempo, según los casos. El Señor debe realizar para él el servicio prefigurado por el lavado de pies (Juan 13:1-20). Lo que el pecado ha interrumpido no es la relación filial con el Padre sino la **comuni3n** con él. El alma ya no puede disfrutar de su feliz participaci3n con el Señor en la gloria ni de su maravillosa posici3n en Cristo. La oscuridad en ella puede llegar a ser tan profunda que ni siquiera es realmente consciente de lo que ha sucedido. Por lo tanto, por el poder del Esp3ritu Santo, el Señor Jes3s debe aplicar el agua, es decir, la Palabra de Dios, al coraz3n y a la conciencia del que ha pecado. Bajo su acci3n, la luz de lo alto entra en el alma y comienza a iluminar el camino recorrido. Solo entonces el cristiano comienza a ver su pecado, a darse cuenta de su mal estado y a tomar el camino de vuelta.

Confesión y arrepentimiento

El creyente que se ha extrañado ha llegado al punto en que ha confesado todo ante Dios y está sinceramente apenado por lo que ha hecho.

La confesión de los pecados es una condición absolutamente necesaria para la restauración. El que ha pecado no puede decir: «Todos mis pecados están perdonados, ya no tengo que preocuparme por ellos».

Quien habla así confunde dos cosas: **la expiación y la comunión**. Dios envió a su Hijo para expiar todos nuestros pecados. Esto es un hecho consumado, eternamente válido e independiente de nuestro caminar. Sobre la base de esta expiación hemos recibido una nueva vida y ahora estamos en una relación indisoluble de hijos con Dios. Esto ya no nos lo pueden quitar y nuestra seguridad en Cristo es inquebrantable.

La comunión es un asunto diferente. Pensemos en nuestras familias: un niño ha sido desobediente y ha hecho algo malo. ¿Ya no es hijo de su padre? Por supuesto que lo es. Esta relación no puede cambiar. Por otro lado, ya no hay comunión entre ellos. No se cuentan nada ni intercambian pensamientos sobre sus intereses comunes. Esa relación de corazón a corazón se ve quebrada. El padre no se queda indiferente ante tal situación. Tal vez tenga que recurrir al castigo. ¿Pero será

suficiente para restaurar el estado anterior? Todavía no. Sin embargo, la disciplina ablanda el corazón y la conciencia del niño. Al final se acerca a su padre y le dice: «Siento haber hecho eso. ¡Perdóname!». Este perdón no tiene que ver con la expiación de los pecados ante Dios —Jesús ya hizo eso por los creyentes— sino con la interrupción de la comunión que el mal ha producido. La confesión y la petición del niño —«¡Perdóname!»— evitarán que el padre tenga que infligir más correcciones. La comunión se restablece, la corriente de afecto fluye de nuevo de un corazón a otro.

Es imposible que el creyente tenga comunión con Dios mientras su conciencia esté cargada con el más pequeño pecado no juzgado. Debe abrir su corazón y su boca para confesarlo, y así aliviarse de esta carga. Entonces se le concederá el pleno perdón y la limpieza, según la fidelidad y la justicia de Dios. Para disfrutar de la comunión práctica con Dios, que es preciosa por encima de todo, es esencial que practiquemos tener “una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16).

¿Vuelve el gozo de la comunión inmediatamente?

El funcionamiento de un interruptor eléctrico es muy sencillo: o está encendido o está apagado. Pero la interrupción de la comunión es

más grave; no se puede encender y apagar.

Un periodo de superficialidad y desinterés suele preceder a un lapso o desviación mayor. El enemigo sabe preparar el terreno que quiere tomar para el asalto. Consiguió que Demas, antaño fiel compañero del apóstol, lleno de celo y devoción, **amara** este mundo. No sabemos cómo lo hizo. El corazón de Demas se fue desviando poco a poco hacia “el mundo” y hacia “las cosas que están en el mundo” (1 Juan 2:15-17). Este amor por el “presente siglo” (Gálatas 1:4) comenzó a desarrollarse encubiertamente. Por fuera, Demas continuaba activo en las iglesias y en el servicio del Evangelio. Pero interiormente, su mente se estaba desprendiendo cada vez más de la persona del Señor y de las cosas que tenemos en él. El apóstol tuvo que escribir finalmente, con dolor: “Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Timoteo 4:10).

Cuando un creyente es restaurado, después de inclinarse ante Dios y quizás ejercitar su espíritu, todavía tiene que recuperar el terreno cedido. Nunca ha perdido las bendiciones espirituales que tenemos en Cristo, pero su corazón debe volver a empararse de ellas (como una esponja), y ser penetrado por la conciencia del amor de Dios. Abraham tuvo que desandar el largo camino de Betel a Egipto, que había seguido por su propia voluntad y le había llevado a

negar a su mujer, para volver “hasta el lugar donde había estado antes su tienda” (Génesis 13:3). Solo allí encontró el altar, donde su corazón rebosaba ahora de nuevo de alabanza y adoración a Dios. “Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1:3-4).

W. Gschwind

Soy infeliz

Usted dice: «Soy muy infeliz. Las cosas que antes me llenaban de alegría, por desgracia, vuelven a ejercer su atracción sobre mí. Es cierto que alabo al Señor por su obra en la cruz y disfruto leyendo la Palabra de Dios. Pero no puedo fijar mis pensamientos en Cristo. Debo concluir que él no es realmente el objeto de mi corazón. No me entiendo. Entonces, ¿qué debo hacer?»

Quiero intentar ayudarle. Me alegro de que se dé cuenta de que se pasa algo y que quiera salir de ese estado. Sería mucho peor si esta situación persistiera sin que buscara una solución.

La causa principal de su triste condición es probablemente que ha adquirido el hábito de mirarse más a sí mismo que a Cristo. Se fija en lo que piensa, en lo que siente, en lugar de mirar lo que Cristo ha dicho, ha

hecho y está haciendo. Se hace el centro de todo, en lugar de dejarle ese lugar a Él.

Lea atentamente lo que dijo el Señor en Juan 15:1-10. Allí encontrará el secreto del verdadero discípulo y de llevar buen fruto. Observe especialmente el mandato que aparece varias veces: “Permaneced en mí”; “Separados de mí nada podéis hacer” (v. 5).

Por sus palabras parece que se ha alejado del Señor y no ha permanecido en él.

Del pasaje citado se desprende claramente que, si presta atención a las palabras del Señor, sus dificultades desaparecerán, y la alegría será su porción, y ya no la tristeza. Nótese lo que añade el Señor: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (v. 11). Si su gozo no está “cumplido”, debe ser porque ha olvidado lo que el Señor dijo en los versículos 1-10 sobre el hecho de permanecer en él.

¿Qué significa “permanecer en Cristo”? Nada más que ser constantemente consciente de su cercanía. ¿Cree que el Señor está con usted? Antes de dejar este mundo, dijo: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mateo 28:20). Por otra parte, también les dio a los discípulos esta seguridad: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18). Cuando estaba en Roma, Pablo dijo: “El Señor

estuvo a mi lado” (2 Timoteo 4:17). ¿Está con usted?

Para un creyente, la promesa de la presencia del Señor no es algo misterioso, sino una realidad simple y segura, y goza de ella mientras confía por fe en esta promesa. Recuerde siempre que el Señor está con usted y le apoya. ¿Le cree o no?

La lectura de la Palabra y la alabanza al Señor por su obra no deben hacerse solo por el sentido del deber. Puede que su vida se haya vuelto aburrida porque ha olvidado que él está muy cerca de usted. Si esto es así, es porque no ha permanecido en él, y no es de extrañar que su corazón se haya vuelto frío e infeliz. El objetivo de Pablo era “conocerle” (Filipenses 3:10). Aspire a conocerlo, pero no sea como esos discípulos que “no sabían que era Jesús” (Juan 21:4), ¡aunque estaba allí mismo en medio de ellos!

No olvide que, en usted, esto es, en su carne, “no mora el bien” (Romanos 7:18). No espere que su carne se convierta en buena, y que permanezca así. Tratar de hacer brotar la vida y el amor de una cosa muerta es hacer un esfuerzo en vano. Ha muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3:3).

Por lo tanto, permanezca en Cristo. Manténgase en contacto constante con él de forma personal y viva. Entonces todo en su vida ocupará el lugar que le corresponde, y Cristo

mismo habitará en usted. El Señor dice: “Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15:4). Que su oración sea: «Señor Jesús, muéstrate ante mí como una realidad viva y radiante». Y cuando lea la Escritura, ore: «Señor, muéstrate ante mí».

W.J. Hocking

Israel y la Iglesia

Algunas consideraciones sobre las dispensaciones

Según como Dios se ha revelado al hombre, otorgándole sus bendiciones y estableciendo relaciones con él, ha actuado en diferentes maneras a lo largo del tiempo. Las nuevas revelaciones que ha tenido a bien mostrar acerca de sí mismo, de sus designios eternos y de la responsabilidad del hombre han dado lugar a nuevas situaciones: nuevas «dispensaciones».

La lectura atenta de la Palabra de Dios, prestando atención a la época en que Dios habló, a las personas a través de las cuales lo hizo (Hebreos 1:1), y a quién iban dirigidas sus comunicaciones, nos llevará a distinguir esas etapas, o al menos sus elementos más destacados, y a no confundir las distintas dispensaciones (o épocas) de

Dios en el transcurso del tiempo. La importancia de esto, para nosotros los cristianos, es aprender el verdadero carácter del “supremo llamamiento”, “celestial”, “con que fuisteis llamados”, y del tiempo en el que vivimos (Filipenses 3:14; Hebreos 3:1; Efesios 4:1).

Antes y después de la venida de Cristo

En la dispensación que precedió a la venida de Cristo a la tierra, el elemento principal fue la existencia de un pueblo escogido por Dios, perteneciéndole solo a él, al cual ha hablado por los profetas. Es el pueblo de Israel, de la raíz de Abraham.

La dispensación en la que vivimos, desde Pentecostés hasta la próxima venida del Señor, se caracteriza por el hecho de que Dios tiene un pueblo celestial en la tierra, habiendo quedado Israel en un segundo plano.

Cuando hablamos de **Israel**, no estamos pensando en los judíos, o sea en la nación judía tal como es hoy, ni en lo que era en tiempos del Señor, sino en lo que es ese pueblo según los planes originales de Dios. Cuando hablamos de la **Iglesia**, tampoco estamos pensando en un grupo particular de cristianos pertenecientes a lo que comúnmente se llama «una iglesia», sino en el sentido que le da la Escritura.

La palabra griega traducida como “iglesia” significa originalmente «llamados fuera de algo». Los que son llamados por Dios fuera del mundo durante el periodo del rechazo de Cristo están, mediante la morada del Espíritu Santo en ellos, unidos para formar la Iglesia de Dios, a la que Jesús llama “mi iglesia” (Mateo 16:18).

Puede ser útil observar que en el Nuevo Testamento el término iglesia se utiliza en tres maneras:

— para designar a todos los creyentes de un lugar determinado (1 Corintios 1:2; Colosenses 4:15; etc.).

— para referirse a todos los creyentes en la tierra en un momento dado (1 Corintios 10:32; 12:28; Efesios 1:22; etc.).

— para designar a todos los creyentes llamados y sellados con el Espíritu Santo desde el día de Pentecostés hasta la venida del Señor (Efesios 3:21; 5:25; etc.).

En este artículo utilizamos esta palabra principalmente en este último sentido, aunque nos referimos también al segundo cuando hablamos de la Iglesia tal como existe hoy en la tierra.

Tanto si hablamos de Israel como de la Iglesia, no nos ocuparemos de lo que se puede ver, o se ha visto en un momento dado, sino lo que estos conjuntos de personas son, según los planes y el pensamiento de Dios.

Algunas de las diferencias claves entre el tiempo de Israel y el de la Iglesia

1. *“La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado” (Lucas 16:16).*

Juan, el precursor del Señor, es el último de la larga línea de profetas de la dispensación anterior. Con él, las comunicaciones de Dios características de aquel periodo llegaron a su punto final. A través de Cristo, comenzaron nuevas comunicaciones divinas, trayendo la plena revelación de Dios al hombre.

La venida de Cristo al mundo es descrita por Zacarías, el padre de Juan el Bautista, como el amanecer de un nuevo día: “Nos visitó desde lo alto la aurora” (Lucas 1:78).

Pero ese día no se inauguró en aquel momento, porque el Señor Jesús tenía una misión que cumplir dentro de Israel. Tenía que presentarse a la nación como el Mesías prometido desde hacía mucho tiempo. Además, había que sentar las bases de las bendiciones anunciadas por los profetas. Ese fundamento fue el sufrimiento y la muerte de Cristo en la cruz. Cuando todo se cumplió, cuando el Hijo de Dios resucitó, subió al cielo y envió al Espíritu Santo a la tierra, se terminó la anterior y se inauguró una nueva dispensación, completamente diferente a todo lo anterior.

2. *La ley y la gracia*

El elemento característico de la antigua dispensación era **la ley**. El de la nueva es **la gracia**. La entrega de la ley en el Sinaí introdujo a Israel en una nueva relación con Dios. Él formuló sus exigencias. Debía **recibir**, y los hombres tenían que **darle** lo que le correspondía. El hecho de que muy pronto se produjera un completo fracaso —mediante el asunto del becerro de oro (Éxodo 32)— no privó a los israelitas de su nueva responsabilidad. Sin embargo, aún en ese momento, Dios anunció a Moisés que tendría misericordia de quienes tendría misericordia (33:19), y los libraría del juicio. Si podía hacer esto, era en previsión de la venida de Cristo. Pero la ley conservaba su autoridad sobre los hombres. “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo” (Gálatas 3:24).

En Cristo estaba presente un poder incomparablemente mayor al de la ley. La historia de la mujer adúltera llevada a Jesús por los escribas y fariseos lo ilustra maravillosamente (Juan 8:2-11). Bajo la poderosa influencia de la gracia, los que la acusaban fueron efectivamente convencidos de su propio pecado, algo que la ley nunca podría haber logrado, y la mujer pecadora fue perdonada, cosa que la ley tampoco podía hacer. Ahora Dios **da** y el hombre **recibe**. La nueva dispensación se caracteriza por el hecho glorioso de

que la gracia reina “por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:21).

3. *Una nación privilegiada y hombres tomados de todas las naciones*

La ley no fue dada a todos los hombres, sino solo a Israel. La atención de Dios se centró en esta nación, que constituía su pueblo. Los privilegios de los hijos de Israel les pertenecían más colectivamente que individualmente. Por supuesto, Dios siempre ha cuidado de las almas de los individuos, como atestiguan muchos relatos bíblicos. Y este cuidado se hizo más visible en tiempos de creciente apostasía nacional. Pero en lo que nos presenta el Antiguo Testamento, sobre todo al principio, se hace hincapié en el estado general del pueblo más que en el estado espiritual de los individuos.

En marcado contraste con esto, la Iglesia no tiene nada de nacional. En Hechos 15, Pedro declara, y Santiago confirma, que el plan divino para la presente dispensación es el siguiente: “Dios visitó... a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre” (v. 14). Dios elige ahora a hombres de entre todas las naciones, y los elegidos para su nombre constituyen la Iglesia de Dios.

La Iglesia no es, pues, una entidad nacional, ni siquiera internacional. Es ajena a estas distinciones. Es presentada en la Escritura como “un

rebaño” (Juan 10:16), “un cuerpo” (1 Corintios 12:13), “casa espiritual y sacerdocio santo” (1 Pedro 2:5), una sola familia formada por los hijos de Dios (1 Juan 2:12; 3:1; etc.).

Ahora todo empieza por el individuo. La Iglesia se compone de los que se han reconciliado con Dios y han venido a ser sus hijos. Siendo perdonados, reciben el Espíritu Santo para que more en ellos, se convierten en miembros de ese solo cuerpo, y en piedras vivas de esa casa espiritual.

4. Un culto sin ceremonias

Para Israel, Dios había instituido un ritual de sacrificios, ofrendas y purificaciones. El valor de estas cosas residía en su significado simbólico. Hoy, en gran contraste con esto, los “verdaderos adoradores” adoran “al Padre” —Dios no era conocido de esta manera en el pasado— “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23). Los privilegios de la Iglesia están directamente vinculados con las realidades eternas mismas, no con lo que era la figura de ellas. La ley tiene “la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas” (Hebreos 10:1). Ahora han llegado esos “bienes venideros”, y se invita a los creyentes a disfrutar de ellos. “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”

(9:24). “Habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (10:12).

Lo que Cristo trajo se describe en el Nuevo Testamento como: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”, y todo esto nos ha sido revelado a nosotros por el Espíritu (1 Corintios 2:9-10). Lo contemplamos con los ojos de la fe: “no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:18).

5. Bendiciones materiales o espirituales

Las bendiciones y privilegios de Israel eran principalmente terrenales y materiales (larga vida, prosperidad, riqueza, etc.). Los de la Iglesia son celestiales y espirituales.

Dios había dado instrucciones sobre cómo los hijos de Israel debían expresarle su gratitud cuando entraran en posesión de la tierra prometida. Debían tomar de las primicias de todos los frutos cosechados, ponerlas en una canasta, traerlas a Dios y declarar ante él todas sus bondades (Deuteronomio 26:1-11).

¿Se acerca un cristiano a Dios de esta manera? Por el contrario, cuando Pablo escribió a los efesios para hablarles de su herencia celestial, no

les habló de cosas materiales. Dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3). El contraste es total.

6. *Un destino terrenal o celestial*

En lo que respecta al periodo glorioso del Milenio, el destino de Israel es ser un medio de bendición para todas las naciones. Pero en ese tiempo, la Iglesia estará asociada a Cristo en el cielo y compartirá su gloria. Isaías 60 nos enseña el futuro de Israel. Apocalipsis 19 y 21 utilizan imágenes diferentes para mostrarnos el lugar de la Iglesia, “la esposa del Cordero”.

Algunas preguntas más

¿Existe un momento preciso en el que los caminos de Dios con Israel llegaron a su fin y comenzó el periodo de la Iglesia?

Como ya hemos dicho, la muerte de Cristo marcó el final de las relaciones de Dios con Israel como nación. Y su resurrección, ascensión al cielo, y el descenso del Espíritu Santo a la tierra en el día de Pentecostés, marcaron el comienzo de la nueva dispensación (o época) (Hechos 2:41-47; 1 Corintios 12:13). Pero hay que aclarar dos cosas:

Primeramente, aunque el rechazo de Cristo y su crucifixión supusieron un gran cambio en los

caminos de Dios hacia Israel, Dios siguió ofreciendo su gracia a este pueblo hasta la muerte de Esteban, y quizá incluso hasta la destrucción de Jerusalén. Además, los designios de Dios para la Iglesia no se evidenciaron plenamente en los primeros días de su existencia. Fueron revelados gradualmente por los apóstoles, especialmente Pablo, cuando la Iglesia ya había comenzado a existir.

En segundo lugar, los caminos de Dios hacia Israel no han terminado definitivamente; se han interrumpido, al menos en lo que se refiere a lo visible. En algún momento del futuro se reanudarán y se cumplirán todas las gloriosas promesas hechas a esa nación. Israel ha sido apartado por un tiempo, mientras que la Iglesia ocupa el primer plano. Cuando esta sea llevada al cielo, Israel volverá a ocupar el lugar principal de la escena en la tierra.

¿No degrada a hombres de fe como Abraham, Moisés o Elías decir que no forman parte de la Iglesia?

En absoluto. Sencillamente, estos hombres no forman parte de la época actual. Moralmente, son gigantes, mientras que nosotros, los cristianos, a menudo somos inferiores. Dada la dispensación a la que pertenece, Juan el Bautista, que fue el mayor de todos ellos en algunos aspectos, es más pequeño que “el más pequeño en el reino de los cielos” (Mateo 11:11). Él pertenecía al tiempo de la esclavitud,

y nosotros pertenecemos al tiempo de la adopción de los hijos (Gálatas 4:1-7).

Jesús no era solo un profeta como Elías, Jeremías o Juan, sino “el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:13-16). Y cuando Pedro da testimonio de ello, Jesús dice: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia” (v. 18). El Señor habla de su Iglesia como algo futuro. Y los hombres de fe del pasado, por grandes que fueran, ciertamente no formaban parte de ella.

¿Cuál era el propósito de Dios al llamar a Israel a ese lugar especial que ha ocupado?

Este pueblo fue llamado por Dios a tomar posesión del país que le había prometido a Abraham. Era un testimonio de que toda la tierra le pertenece, a pesar de que Satanás había usurpado el dominio sobre ella. Cuando entraron en esta tierra, los israelitas pasaron el Jordán como el pueblo del “Señor de toda la tierra” (Josué 3:11, 13).

Además, el pensamiento de Dios era conservar la estirpe de la que, “según la carne, vino Cristo” (Romanos 9:5). En su soberanía, había hecho a Abraham promesas que debían cumplirse.

En este pueblo, Dios llevó a cabo la prueba completa y definitiva del género humano. Israel había sido separado de la corrupción de los pueblos circundantes y se le había con-

cedido muchos y grandes privilegios. Fue a Israel a quien Dios dio su ley. Pero su historia da testimonio de un completo fracaso en todos los órdenes, y prueba la condición irremediable del hombre.

¿Cuál es el propósito de Dios en relación a la Iglesia?

La Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:23). Por lo tanto, Cristo debe expresarse en ella. Él debe ser visto en su Iglesia. Ella lo representa en la tierra durante el tiempo de su rechazo y ausencia. Tocar a la Iglesia o a quienes forman parte de ella es tocarle a él. Así lo indican sus palabras a Saulo de Tarso en el camino de Damasco: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”, cuando perseguía a los cristianos (Hechos 9:4).

La Iglesia es la casa de Dios, casa espiritual de piedras vivas en la que él habita. Es la única morada que tiene hoy en la tierra.

El objetivo último de Dios es tener en ella —la Iglesia— una esposa para Cristo (Efesios 5:25-27). Ella comparte ahora su rechazo, está formada por futuros seres celestiales que son como extranjeros en la tierra, y que compartirán eternamente su gloria.

¿Podemos mencionar algunas de las bendiciones que poseemos por pertenecer a la Iglesia, y que los más privilegiados de Israel no podían tener?

El día del Señor

— El conocimiento de Dios como Padre, plenamente revelado en Cristo, es una de las mayores bendiciones. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Y el día de su resurrección, Jesús dijo a María Magdalena: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (20:17).

— Israel tenía promesas mientras que nosotros nos beneficiamos de una redención consumada. Cristo ha venido, y los resultados de su obra de liberación ya los tenemos.

— La presencia del Espíritu Santo para morar ahora en los creyentes que forman la Iglesia es una bendición inestimable (véase Juan 14:16; Hechos 2:1-4). Siempre ha ejercido su influencia en la tierra, pero su morada en nosotros y con nosotros es algo totalmente nuevo.

— Nuestra relación con Dios tiene una base totalmente distinta. Estamos “en Cristo”. Ya no somos “esclavos”, sino “hijos” (Gálatas 4:7).

Se podrían añadir muchas otras bendiciones, pero estas cuatro son suficientes para mostrar las riquezas que los cristianos gozan. Agradecemos a Dios por todo lo que nos ha dado.

F.B. Hole

Es importante ver, con claridad, la doble fase de la segunda venida de Cristo tal como se expone en 1 Tesalonicenses mediante las dos expresiones “**la venida del Señor**” y “el día del Señor”. La primera se refiere claramente a **la Iglesia**; la segunda, al mundo. La primera no tiene nada que ver con “los tiempos y... las ocasiones”; la segunda sí. La primera es ajena a los acontecimientos entre las naciones; la segunda no.

La gran carga de los profetas era el gobierno moral de Dios entre las naciones de la tierra, incluyendo sus tratos con esa nación peculiar, Israel, un tema de inmenso interés para el creyente, no por su conexión personal con ella, sino porque implica los consejos de Dios y sus caminos con el hombre en la tierra. Pero podemos buscar, en vano, a lo largo de las páginas del Antiguo Testamento, cualquier enunciación de la posición de la Iglesia, su llamamiento o esperanza. Estas cosas, “en otras generaciones no se dieron a conocer a los hijos de los hombres, como ahora son reveladas a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (Efesios 3:5).

Algunos enseñan que los creyentes deben ser pisoteados bajo los pies

¹ El arrebatamiento es la esperanza de la Iglesia, pero también incluirá a otros que son de Cristo en su venida, como los santos del Antiguo Testamento (Ed.).

de la bestia antes de que sus corazones puedan alegrarse con la visión de la estrella de la mañana. Pero ¿dónde encuentro esto en 1 Corintios 15 o en 1 Tesalonicenses 4, escrituras que establecen claramente lo que constituye la esperanza de la Iglesia? En 1 Tesalonicenses 1:9, leemos: “Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar” — ¿a qué? ¿A la bestia? No. ¿Al hombre de pecado? No. ¿Al falso profeta? No. ¿El desarrollo completo y la destrucción final de la imagen de Nabucodonosor? No. ¿Y entonces, a qué? “Esperar de los cielos a su Hijo”. Esto es lo suficientemente simple y concluyente para cualquier persona que esté deseosa de someterse a la autoridad de las Sagradas Escrituras. A la Iglesia no se le enseña a esperar ningún movimiento entre las naciones, por la restauración de los judíos, por el desarrollo de los diez dedos de la imagen de Nabucodonosor, por la consolidación del Imperio Romano o por la desecación del río Éufrates para preparar el camino de los reyes de Oriente. En resumen, la Iglesia no debe esperar ningún acontecimiento terrenal en absoluto, sino simplemente al Hijo de Dios, que viene de los cielos, “la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16).

Cuando pasamos a la **segunda fase del advenimiento del Señor**, tal como se presenta en 1 Tesalonicenses

5:1-11, encontramos algo totalmente diferente. Aquí llegamos a “los tiempos y... las ocasiones”, respecto a los cuales el apóstol consideró que no tenía necesidad de escribir a la Iglesia porque esto no le concierne a ella. Esta pertenece al día y a la luz, y por lo tanto no tiene necesidad de ser guiada por “los tiempos y... las ocasiones” ya que se encontrará con Cristo como un novio en el aire, antes de la revelación o “las señales de los tiempos” (Mateo 16:3). Tales cosas hacen referencia directa a los que se verán envueltos en los terrores del “**día del Señor**”, y de ninguna manera a los que tienen que ver con la estrella de la mañana.

Debe ser evidente para toda persona reflexiva que hay una gran diferencia entre la aparición de la estrella de la mañana y la revelación del pleno brillo del sol. Tampoco es menos llamativa la diferencia entre la llegada de un novio a una novia que le espera, y la irrupción de un ladrón sobre un hogar adormecido; las dos fases del advenimiento son así sorprendentemente contrastantes.

“Vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así **como ladrón en la noche**; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos [no sobre vosotros] destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escapan” (1 Tesalonicenses 5:2-3). Esto es peculiarmente serio, y eminentemente calculado para

infundir terror en un corazón mundano. En efecto, la venida del ladrón es tan aterradora, como la venida del novio es atractiva. Pero las dos cosas son tan distintas como pudieran ser, y no pueden ser confundidas sin un grave daño a la mente de un creyente.

Parece como si los tesalonicenses hubieran sufrido por haberse confundido así. Se nota que, al principio, temían que sus amigos difuntos no participaran en las alegrías del regreso de Cristo; y, al ser corregidos en cuanto a esto, deben haber caído en otro error, el de temer que ellos mismos se vieran involucrados en los terrores que acompañan al “día del Señor”. Este último pensamiento está completamente corregido en la segunda epístola; y, en el modo de corrección del apóstol, hay, si cabe, una presentación aún más completa y clara de la doble fase del advenimiento. Dice: “Con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca” (2 Tesalonicenses 2:1-2). Aquí, las dos cosas se ponen en contraste directo, y se exhorta a los creyentes sobre la base de su participación en las alegrías de la primera, sin temor a los terrores de la

segunda. Esto es muy concluyente. La venida del Señor es la esperanza de la Iglesia, el día del Señor es el terror del mundo; la primera será la consumación del gozo del creyente; el segundo será el toque de muerte de la felicidad del mundano.

“El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche”. Nunca se dice que la estrella de la mañana vendrá así como un ladrón en la noche. Es cierto que el Señor le dice al ángel de la iglesia de Sardis: “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3). Este pasaje, lejos de presentar alguna dificultad, más bien ofrece una fuerte confirmación de la verdad en la que nos hemos detenido. La iglesia de Sardis tenía nombre de que vivía, y estaba muerta: se había hundido, muy al nivel del mundo, y por eso es que el Señor le presenta esa fase de su advenimiento que pertenece propiamente al mundo. Si el creyente se mezcla con el mundo, debe esperar ser amenazado con la porción del mundo. Si Lot desciende a Sodoma, debe participar en las calamidades de Sodoma. Pero sabemos muy bien, que un “ladrón” no es el aspecto propio de Cristo para la Iglesia. “Mas vosotros, hermanos, **no estáis en tinieblas**, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Tesalonicenses 5:4). Nosotros pertenecemos específicamente al día; pero si, por ignorancia

o infidelidad, nos salimos de nuestra posición adecuada, no podemos esperar que el Espíritu nos anime con nuestras propias esperanzas. Si nos hundimos al nivel del mundo, miraremos el futuro desde el punto de vista del mundo.

Things New and Old

El lugar de la Iglesia

El lugar de la Iglesia es absolutamente único. La Iglesia es formada por el Espíritu Santo enviado del cielo después de la muerte y resurrección de Cristo, y de haberse sentado a la diestra de Dios. Está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y toda su existencia está entre Pentecostés y el arrebatación de los creyentes. A los santos del Antiguo Testamento se les asignará su propio lugar de acuerdo a la sabiduría de Dios. Es él quien determina el lugar y la parte de “cada familia en el cielo y en la tierra”. Pero estos santos no pueden pertenecer a un cuerpo que comenzó a existir mucho tiempo después de ellos. Participarán en la primera resurrección y en la gloria celestial, pero la Iglesia ocupará eternamente su lugar especial como cuerpo y esposa de Cristo. ¡Qué lugar tan maravilloso! ¡Que

podamos caminar de una manera más digna de ello!

C.H. Mackintosh

Bien guardado

Algunos pensamientos sobre el Salmo 121

El Salmo 120 nos presenta a un creyente judío que se encuentra en dificultades en un país extranjero y quisiera ser librado. Es su deseo volver a Jerusalén, la ciudad amada (Salmo 122). Sin embargo el camino es largo, difícil y lleno de peligros (Salmo 121). El israelita que tiene este proyecto no cuenta con el apoyo de los grandes y poderosos de este mundo —“los montes” (v. 1)— para acompañarlo en su camino. Entonces mira por sobre “los montes” a Aquel que hizo los cielos y la tierra. Espera de Dios el socorro para su viaje (v. 2).

Mirando con confianza hacia arriba, el salmista recibe promesas de protección y socorro de parte de Dios, como lo muestran los versículos siguientes. Para nosotros los cristianos, que atravesamos un mundo lleno de peligros al dirigirnos hacia la meta celestial, podemos encontrar mucho aliento en las palabras de este salmo.

El pie será guardado

“No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda” (v. 3).

El que debe hacer un trayecto largo, primero se pregunta si sus pies podrán hacerlo. ¿Caeré, resbalaré o abandonaré completamente agobiado? La promesa divina asegura: “No dará tu pie al resbaladero” y el que hizo esta promesa jamás se cansa; Dios no olvida ni un momento al creyente viajero.

Dios nos ve cuando las dificultades de la carrera nos agobian. Conoce los trayectos escarpados y fatigosos del camino de la fe. Pero da continuamente la fuerza para hacer el próximo paso. Nos conduce con seguridad cuando el enemigo tiende lazos; nos guarda sin caída (Salmo 124:7; Judas 24), por esto podemos mirar a lo alto con confianza en Aquel que nos guardará en su nombre.

Todo el pueblo será guardado

“He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel” (v. 4).

La expresión “He aquí” es como un indicador que atrae nuestra atención sobre algo importante: Dios no tiene cuidado solamente de un individuo sino ¡de todo el pueblo! Es un gran trabajo que ningún hombre podría ejecutar, ni siquiera en forma parcial. Pero Dios se ocupa sin cesar de todos los que le pertenecen.

¿No es una gran consolación saber que Dios vela sin cesar sobre todo su pueblo, y que cada uno de aquellos que avanzan en el camino de la fe es el objeto de sus cuidados? Él protege a aquellos que, haciendo sus primeros pasos en la fe, no son realmente conscientes de los peligros a los que estarán expuestos en el camino. Pero sus alientos llenos de amor son también dirigidos a los que están cansados por un largo caminar y esperan, suspirando, llegar a la meta. Él los guarda a todos.

La mano derecha será guardada

“Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha” (v. 5).

Dios es el que guarda y ayuda al creyente que debe ir a Jerusalén. ¿Podrá hacer frente el viajero a todas sus tareas? Su mano derecha, la que debe trabajar, ¿se debilitará con el calor del oriente? No, porque Dios está allí. Es él que da la sombra y es también la sombra de la mano derecha del trabajador. Esto significa que en cierta manera Dios está a su lado y asegura que las tareas serán protegidas y terminadas.

No estamos abandonados a nosotros mismos en todos los trabajos que nos esperan. Hay Alguien que tiene cuidado de nosotros. Nos sostiene en el trabajo y permite su cumplimiento. Sin Él, nada es realmente un éxito (Salmo 127:1), pero con Él podemos hacer lo que le honra.

La cabeza será protegida

“El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche” (v. 6).

Cuando se viaja, no se trata solamente de la actividad de los pies y de las manos, el viajero también está sometido a influencias exteriores que no dependen de él. Durante el día, el sol es fuerte (Jonás 4:8) y, durante la noche, la luz de la luna lo cansa. Dios no hace desaparecer los rayos del sol o de la luna sino que protege al creyente para que no sea desanimado, molestado o detenido.

Quiera Dios que todas las situaciones fastidiosas e irritantes no nos hagan mal interiormente. Nuestra vida de fe no será perturbada por acontecimientos grandes o pequeños. A menudo Dios no las hace desaparecer, sino que renueva “nuestro hombre interior” (2 Corintios 4:16).

El alma será guardada

“Jehová te guardará de todo mal; él guardará tu alma” (v. 7).

La protección divina es completa: el salmista es guardado en su totalidad. Todo lo que está en contra del viajero será alejado por el poder y la gracia de Dios. No permitirá que ningún ladrón lo toque.

Nosotros, los cristianos, podemos decir con el apóstol Pablo: “El Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). No hay nada

que nos obligue a alejarnos de la comunión con Cristo o desviarnos de nuestra meta celestial. “Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal” (2 Tesalonicenses 3:3).

Somos guardados permanentemente

“Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (v. 8).

La protección no es solo sin límites, sino también permanente. Está presente para todo el camino: para la salida del país de Mesec (Salmo 120:5) hasta la entrada en la santa ciudad de Jerusalén, como en todas las etapas intermedias. Dios nos guardará “desde ahora”, es decir a partir del momento en que el viajero se pone en camino con confianza. Hasta que la meta sea alcanzada. Dios nos guarda desde que hacemos los primeros pasos difíciles de la fe. Nos guarda también en la última sección difícil del camino. Y tenemos la certeza de que en cada paso, entre el principio y el fin del viaje, Dios nos guardará de toda influencia negativa del maligno. ¡A Él sea la gloria!

G. Setzer

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Juan 8:12

Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.

1 Juan 1:3-4

No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

2 Corintios 4:18

Yo soy... la estrella resplandeciente de la mañana.

Apocalipsis 22:16

El Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial.

2 Timoteo 4:18

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
